

de Túnez encontraron en todos los desfiladeros de las montañas obras hoy arruinadas que defendían los pasos. Vías romanas conducían á ellos y algunos acueductos llevaban á las ciudades de la llanura el agua de las colinas: uno de ellos tenía nada menos que 70 kilómetros de longitud.

Como no siempre bastaban estas precauciones para impedir las rápidas incursiones y el pillaje, el gobierno las completó con otro medio de defensa, dando una especie de investidura á jefes indígenas, que se encargaron bajo su responsabilidad de hacer la policía por el imperio. Estos jefes construían de ordinario una fortaleza en el centro de su tribu, y cuando habían pagado el impuesto y garantido la paz pública podían ya llamarse príncipes ó reyes y gobernar á su manera: Roma no se mostraba celosa de ello. Pero mantenía cerca de los más poderosos un centurión ó un prefecto, representante de su autoridad soberana, que estaba siempre dispuesto á intervenir para desbaratar las conspiraciones ó sofocar los tumultos demasiado ruidosos. Era algo parecido á nuestros jefes de oficinas árabes vigilando á los *aghas* indígenas.

En las demás fronteras se encuentra un sistema análogo. A los tetrarcas que mandaban en los límites del desierto de Siria, á los reyes del Bósforo Cimerio, á los jefes bárbaros que Roma asalariaba al Norte del Danubio, les enviaban los emperadores ciertos agentes, que residiendo cerca de estos príncipes, les servían de intermediarios con el imperio y con frecuencia dirigían su conducta. Era una medida general de gobierno y, hemos de reconocerlo, de las más hábiles.

Esta gran provincia de Africa estaba sujeta desde el tiempo de Calígula á dos autoridades diferentes: una civil, el procónsul que residía en Cartago; la otra militar, el legado de la legión *III.ª Augusta*, cuyo cuartel general estaba en Lambesa. De aquí mil conflictos y las invasiones del legado, que teniendo en su mano el poder efectivo con la duración más larga de las funciones, acabó por obtener que la Numidia formara una provincia particular cuyo jefe fué él.

Otra semejanza con nuestra Argelia: la colonización francesa está embarazada en el interior de nuestras provincias por dos elementos refractarios, los árabes y los kábilas,



Moneda de Adrumeto (2)



Moneda de Tapso (3)

como la colonización romana lo estaba por los bérberos y los fenicios. Los fenicios conservaban en las ciudades su culto, su idioma, sus costumbres, y los bérberos, la lengua

(1) Cabeza imberbe y la leyenda *Hippo* en caracteres púnicos. En el reverso una pantera; por encima *Typat*, en púnico también (Bronce).

(2) HADR. Cabeza de Neptuno; por delante un tridente. Moneda de bronce.

(3) THAPSVM IVN. AVG. Cabeza de la emperatriz Livia velada y coronada de espigas (Bronce).

que hablan todavía. Pero Roma tenía una ventaja sobre nosotros: sus creencias no excitaban el odio fanático entre sus súbditos. De los dos sentimientos que constituyen en un pueblo su mayor fuerza de resistencia contra el extranjero, el patriotismo y la religión, los emperadores no tenían que temer nada del uno, y las circunstancias habían debilitado singularmente el otro.

Acaso también los romanos encontraron en esta región, dos mil años menos vieja que ahora, mejores condiciones de cultivo: montañas mejor cubiertas de bosques, fuentes más abundantes, y sobre todo, más regulares. Hasta en el Sahara, tierra calcinada por un sol implacable, parece que haya habido en muchos parajes corrientes de agua que no se encuentra ahora sino en mantos subterráneos. Secas palmeras atestiguan, por aquí y por allá, la reciente desaparición de las fuentes, y los romanos pudieron ver una rica vegetación donde sólo encontramos nosotros un mar de arenas. Se celebra justamente el sistema de riegos regulados por semanas, por días y por horas, que los árabes establecieron en la huerta de Valencia. Los romanos practicaban este sistema. Se han encontrado en la Argelia piedras en que están grabadas las horas en que cada propietario tenía derecho al agua (4).

En resumen, del mar al Sahara, cuatro zonas: las ciudades marítimas, es decir el comercio; las ciudades del Tell, ó la agricultura; al pie del Atlas los puestos militares y los principados indígenas; más allá los oasis y los nómadas



Moneda de Leptis Minor (5)



Moneda de Cirta (6)

del desierto, que estaban en la dependencia del Tell para sus provisiones de trigo.

Tal era el Africa de los emperadores y tal es la nuestra. En esa tierra á que llevamos la civilización de Europa, el nombre de Roma llama el de Francia, y los dos nombres se mezclan involuntariamente, como se confunden las huellas de dos pueblos. Todavía no hemos reconocido todas las que dejara Roma.

En 1850, atravesando el Aures uno de nuestros generales para ir á Biskra, escribía: «Nos lisonjeábamos de haber sido los primeros en pasar el desfiladero de Tiganimina. ¡Error! Una inscripción grabada en la roca nos hizo saber que en el reinado de Antonino la VI.ª legión había hecho el camino en que trabajamos nosotros mil setecientos años después (7).»

Otros refieren que durante la expedición de Constantina, nuestros soldados se sintieron poseídos de admiración, cuando fatigados de la tristeza del camino descubrieron de repente las ruinas de una ciudad romana. Nadie esperaba aquel hallazgo. Aquellas ruinas dispersas en la soledad

(4) Masqueray, *Ruinas de Kenchela*, p. 3. — La fauna de la Argelia ha cambiado como el régimen de las aguas. En el Sur argelino se han visto en las rotas representaciones de animales, como el elefante, el rinoceronte y la jirafa que no existen ya allí. El elefante, todavía muy común en tiempo de Procopio, ha desaparecido completamente.

(5) AETHI. Busto de Mercurio (Bronce).

(6) Acuñada el año 43 antes de J. C. con la efigie de Sitio (Bronce).

(7) Correspondencia del general Saint Arnaud.

reanimaron el espíritu del ejército advirtiéndole de una manera solemne que antes que él, un gran pueblo había conquistado y civilizado aquella tierra. Y después ¿cuántas veces no ha visto monumentos, imponentes aún en su vetustez, restos de termas, de acueductos, de anfiteatros, de templos, de sepulcros y de arcos triunfales, desde cuya cima puede decirse también que el genio de Roma parecía contemplar á Francia renovando la obra de sus legiones? Los árabes que no se admiran de nada, se han sentido sin embargo impresionados del número y grandeza de estas ruinas y dicen indicándolas al *rumi*, como ellos dicen: «Vuestros mayores creían que no se morirían nunca.»

El Africa tan enérgicamente poseída por la civilización romana, se doblegó bajo esta poderosa presión. Ella será la primera, y luego España y Galia, en suministrar emperadores. Había ya sangre líbica en la familia Flavia; Septimio Severo, Albino, su rival, Macrino, el asesino y sucesor de Caracalla, serán puros africanos. De Adrumeto salió el gran jurisconsulto Salvio Juliano, y como era justo, un provincial redactó la ley de las provincias.

Esta prosperidad del Africa no se revela solamente en la fortuna de sus ciudadanos, en el esplendor de sus ciudades, de Cartago, sobre todo, que ha vuelto á ser la segunda ciudad del Occidente: cuando la savia circula con vigor y actividad, vienen los frutos con las flores, y el Africa iba



Moneda de Cartago romana con los nombres de los sufetas (1)

á tomar aquel cetro de las letras que Italia dejaba caer de sus manos, después de haberlo recobrado momentáneamente de España y de Galia, por medio de los Plinius, Juvenal y Tácito. Los más ilustres nombres de la literatura latina serán de hoy más africanos: Apuleyo, Tertuliano, Minucio Félix, San Cipriano, Arnobio, Lactancio y el más grande de todos San Agustín. Por de pronto reina Frontón y Cirta está enorgullecida de haber dado al mundo al que proclama como un nuevo Cicerón (2).

Perdónesenos la extensión de estos detalles sobre el Africa romana; pero su historia bajo el reinado de los Césares es ahora una página de nuestra historia nacional.

No he hablado de la Tripolitana, donde las tres ciudades de Leptis, Oea y Sabrata formaban una especie de república federal con dieta anual, que subsistía aún en el siglo cuarto y cuyo esplendor llega más tarde, pues fué obra de Septimio Severo (3). Más allá de las Sirtes, entraríamos

(1) ARISTO MVTVMBA RICOCE SVF. Cabezas imberbes y descubiertas de César y Augusto. En el reverso: KAR. VENERIS, alrededor de un templo tetrastilo (Bronce).

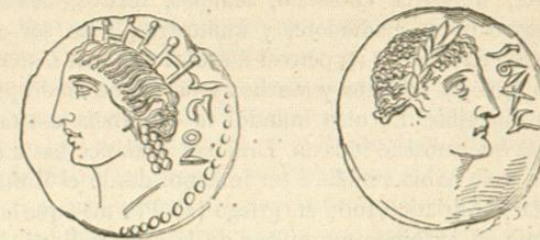
(2) Los dos primeros gobiernos del imperio eran los de las provincias proconsulares de Asia y Africa, cuyos titulares tenían una asistencia de 250.000 dracmas (Dion, LXXVIII, 22). Parece también que el gobierno de la Numidia aseguraba á su titular el privilegio de obtener el consulado al terminar las funciones de su cargo. A lo menos, M. Renier ha encontrado instrucciones del tiempo de Adriano, de Antonino, de Marco Aurelio y Septimio Severo, en que seis legados propietarios de Numidia, llevan en el último año de su mando el título de *cónsul designado*.

(3) Am. Marcelino, XXVIII, 67. El territorio de esta especie de república era una dependencia de la provincia de Africa, y Roma sostenía una guarnición hasta en el Fezzán.

en el mundo griego, donde encontraríamos, *plus minusve*, la misma situación que dos siglos antes.

La Cirenaica, protegida contra los nómadas por brillantes expediciones, veía, sin embargo, disminuir su prosperidad: Alejandría la arruinaba, y los emperadores no hacían nada para contener esta decadencia.

En Egipto se seguía la política de Augusto, como el



Moneda de Oea (anverso y reverso) (4)

primer día. Los príncipes no nombraban para este rico gobierno más que caballeros, y á veces ciudadanos de origen extranjero, como aquel judío que proclamó á Vespasiano en Alejandría y aquel Balbilo, nieto de un rey Antíoco, cuya hija, la poetisa Balbila, hizo grabar versos inmodestos y su propia genealogía en la pierna de Memnón. La civilización indígena acababa de extinguirse, pero el país tenía siempre sus ricas cosechas, el comercio de la India y sus canteras de pórfido, entonces explotadas para todo el imperio. Bajo la fuerte mano de sus nuevos señores, irradiaba como en los tiempos de los Faraones; sus numerosos navíos surcaban el mar Rojo; sus negociantes volvían á tomar el camino de los Ramses hacia la Nubia y procuraban resolver el problema de las fuentes del Nilo. Los oasis del desierto conservan aún vestigios de la ocupación romana, y las inscripciones encontradas en estas ruinas nombran á los emperadores Galba, Tito y Trajano.

Hemos recorrido con Adriano toda la frontera oriental. En Siria: Baalbeck, Palmira, Gerasa, Rabath-Ammón, Bosra, comenzaban á elevar los monumentos, cuyas ruinas admiran al viajero que penetra con temor y peligro en soledades, donde se agitaban entonces tantos pueblos.

En el Asia Menor sería menester detenerse á cada paso para hacer constar la prosperidad de aquellas provincias hoy desiertas y donde quinientas ciudades estaban enton-



Moneda de Sabrata, con la efigie de Hércules barbado (Bronce).



Moneda de Bostra, acuñada en el reinado de Antonino (Moneda de bronce)

ces florecientes; pero en este libro nos proponemos ante todo hacer el estudio de las costumbres y de las instituciones de Roma. Si hemos hablado extensamente de la mitad occidental del imperio es porque hacia esta parte se dirigió toda la actividad de los romanos. Aquí despertaron la vida civilizada, prepararon la formación de las naciones modernas y les legaron al parecer ese espíritu neto y práctico que les ayudó á emprender y realizar tan grandes cosas.

(4) Cabeza de mujer torreada; detrás Oea. Por el reverso cabeza de Apolo laureado; delante *quæstor* (?) *prefectus tributo* (Bronce).

En el Oriente, habiendo llegado después que los griegos, no habían podido desposeerlos, y á pesar de las inscripciones latinas y de los nombres romanos que por aquí y por allá se encuentran grabados en sepulcros, no pudieron lograr que predominara su lengua ni sus usos. Organizados aquellos países mucho tiempo antes de que allí aparecieran legiones, habían conservado sus costumbres y su genio propio: arte, industria, comercio, templos, teatros, fiestas; ningunos ó pocos gladiadores y anfiteatros, á no ser en Pérgamo y en Cícico (1); pero sí filósofos que van á constituir la teología cristiana y muchos sofistas que harán pulular las herejías. Es otro mundo: la diferencia era tan profunda que subsiste todavía. Desde el Adriático hasta el Océano, todo había venido á ser romano; desde el Eufraates hasta el Adriático, todo era griego (2). Por más que hable Plinio en términos magníficos de la universalidad de la lengua latina, sólo una mitad del imperio se servía del idioma del Lacio (3).

El latín era la lengua oficial, la del ejército y de la administración; pero en el segundo siglo, todo hombre bien educado hablaba en griego, aun en Roma, y bajo la envoltura exterior de dos lenguas que se compartían el mundo romano, los idiomas locales, y por consiguiente las nacionalidades, en cierta medida, subsistían. Si la lengua de los druidas duró hasta nuestros días en la Bretaña y la de los iberos en los Pirineos, no es maravilla que nobles arvernos usaran aún el idioma céltico en el quinto siglo de nuestra era; que san Ireneo tuviera que predicar en celta en los campos de Lyon, ni que san Jerónimo hubiera encontrado verdaderos galos en Galacia, aunque el griego reinara en todo el Oriente. Italianos contemporáneos de Marco Aurelio hablaban el galo y el toscano, á las puertas mismas de Roma, cuando se conservó en la Campania el úmbrío en Iguvium, el griego en la Italia meridional, donde excepto en Brindis no se encuentran inscripciones latinas. El emperador Septimio Severo pasaba por ser más elocuente en el idioma de Anibal que en el de Escipión. El hijastro de Apuleyo, con ser de una gran casa, apenas sabía algunas palabras latinas y griegas; su lengua materna era la cartaginesa. Dos siglos más tarde, en la diócesis de san Agustín, la mayoría de los campesinos no conocía otro lenguaje; y lo mismo sucedía en tiempo de Procopio con los moros que habitaban hacia las columnas de Hércules. Así, se han descubierto en la Argelia numerosas inscripciones latinas en que se leen nombres cartagineses y diariamente se descubren en Túnez inscripciones púnicas de la época romana.

Entre los secretarios del emperador, nos consta que había uno para la lengua árabe, ¿No podríamos deducir de aquí que los había también para cada uno de los grandes idiomas, puesto que todos los súbditos del imperio tenían derecho de apelación, y que los convenios eran válidos en cualquier lengua en que se escribieran?

He aquí otra diferencia entre las dos grandes mitades del imperio: el derecho de hacer moneda, suprimido en los países latinos, se conservó mucho tiempo en las provincias

(1) No había en toda el Asia Menor organización regular para los juegos de gladiadores sino en Cícico y en Pérgamo, únicas ciudades en que se encuentran ruinas de anfiteatros (Texier, *Asia Menor*, p. 217). El martirio de San Policarpo prueba, sin embargo, que se daban espectáculos de fieras en Esmirna, Mileto, Ancira, Afrodísias de Caria, y en Grecia, Corinto, Megara y aun Atenas los tuvieron (Egger, *Mem. de hist. ant.* p. 30).

(2) Según testimonio de Apuleyo, un campesino de Tesalia no entendía á un soldado que le hablara en latín.

(3) *Hist. nat.* III, 6. San Agustín dice también de Roma: *Linguae suam domitibus per pacem societatis imposuit* (Ciudad de Dios, XIX, 7).

orientales; medida que se explica por la mayor actividad del comercio asiático y por los privilegios de autonomía municipal dejados á gran número de ciudades de ultramar. Roma, que había llevado su lengua y sus instituciones á Galia, España y Africa, llevó naturalmente su sistema monetario, mientras el Oriente conservaba el suyo, como conservara su lengua, sus costumbres y su activa industria.

La Grecia, que no había hecho nada grande en política fuera de su seno, nada á lo menos duradero, tuvo en las cosas de ingenio inagotable fecundidad, y para la filosofía y la elocuencia un fervor de proselitismo que de ordinario sólo pertenece á las creencias religiosas. Sin dirección y por la sola virtud de su genio, esta raza se había derramado por el Asia occidental, donde hubo de cubrirlo y penetrarlo todo. Ante ella se borraron ó trasformaron las antiguas civilizaciones; desaparecieron los idiomas nacionales ó no subsistían sino en las capas inferiores de la población: la vida helénica había tomado posesión de los hombres y de las ciudades en todas partes.

Pueblo retórico por excelencia, los griegos querían hablar, discutir, enseñar incesantemente: donde quiera que llegaran, organizaban luego al punto una tribuna, una escuela y arrastraban la población á sus disputas. Entonces se apasionaban por la retórica ó la gramática, por Cenón ó Epicuro, y de cada ciudad de Asia salían nuevos maestros. A orillas del Nilo, espantado el viejo Egipto, había huído de Alejandría á la Tebaida, adonde un nuevo enemigo vendrá muy luego á turbarlo con otras creencias; y hasta el pie del Atlas, en los palacios que reemplazaron los reales de Masinisa, resonaron los nombres de Aristóteles y de Platón. Todas las cortes de Asia procuraron aprender el griego; los reyes partos hicieron representar tragedias de Eurípides, y la India se esforzaba en comprender aquellas medallas cubiertas de caracteres helénicos que nos devuelve hoy y que nos ayudan á buscar la historia perdida de un Estado griego floreciente, hace veinte siglos, á orillas de su gran río.

Estos maestros tan activos encontraban siempre oyentes solícitos. En Olbia, estaban los escitas á la vista, enarboladas en las torres las banderas de guerra y los ciudadanos en armas corrían á las murallas. Pero llega Dion Crisóstomo, habla de Homero y de Focúlides: todos se detienen, y después, para oírle mejor, llevan al orador á la *agora* y escuchan un largo discurso sobre la ciudad de los dioses. «Tan griegos, añade Dion, lisonjeado de la atención que se le prestara en semejantes circunstancias, tan griegos eran por sus aficiones y costumbres.»

Todo retórico era bien acogido. Todo descubrimiento, digámoslo también, excitaba el entusiasmo, y si aquellos griegos llegaban á un país que hubiera tenido sus días de cultura científica, á un pueblo que, sin demasiada humillación, podían reconocer por su hermano mayor, como Platón lo dejaba decir á los sacerdotes de Egipto, muy pronto se daban buena maña para apropiarse sus ignorados tesoros. En todo el Oriente habían formado grandes oficinas de traducción para arrebatar la ciencia á sus sacerdotes, como sus padres habían arrebatado el poder político á sus guerreros. Libros egipcios, hebreos, caldeos, todo lo tradujeron, y si no pudieron penetrar en la India ni muy adentro ni en gran número para pillar también aquella vieja civilización, á lo menos entraron en activas relaciones de comercio con este país, y á vueltas de su tráfico, interrogaron á sus sabios y se trajeron algunas de sus doctrinas.

Pero hacía ya mucho tiempo que duraba el esfuerzo y el espíritu griego cedía bajo la masa de conocimientos que había adquirido. A fuerza de aprender cómo pensaban los

demás, se olvidaban de pensar ellos mismos; y como una gran vida política no sostiene el espíritu público, como la patria de origen había venido á ser tan pequeña, y tan grande la patria de adopción que no existía ya el patriotismo para aquellos ciudadanos del mundo, la enérgica necesidad de conocer y de creer que animaba á las almas en los buenos días de las escuelas, fué sustituida en los primeros tiempos del imperio por una impaciencia de espíritu estéril, aunque ruidosa aún. Faltaba fuerza para buscar, fuera de las vías abiertas por los maestros, nuevas soluciones, y sólo se veía vana inquietud, cierta curiosidad que se pagaba de pueriles sutilezas.

Así, luego que se han calmado los grandes movimientos de alta mar, la agitación continúa mucho tiempo en el fondo. De este modo acaban ellos para volver á empezar. Aquellas escuelas pobremente ocupadas, tomarán vuelo y grandeza cuando la filosofía griega, recibiendo la influencia de la revolución que había reunido tantos pueblos en una sola familia, abandone la metafísica para ocuparse en la educación moral del mundo.

Los pueblos más nuevos del Occidente no habían llegado tan bajo ni tan alto. Cuando Roma vino á dominarlos, no habían llegado á la vida del lujo; lejos de esto, aun les faltaba lo necesario (1). Todo lo tenían que aprender, y á Roma se lo habían pedido todo: leyes, costumbres, lengua, el bien como el mal.

Así, Roma puso en ellos su sello; sello que no han borrado los veinte siglos pasados.

Desde Accio, el mundo romano se inclinó hacia el Occidente, cuya faz fué renovada; en adelante va á inclinarse al Oriente, y un día vendrá en que este imperio no tenga más que una lengua, la de Atenas, y en que Roma esté en Bizancio. Pero entonces el imperio romano no será tampoco ya sino el *imperio bizantino*.

IV. — ADMINISTRACIÓN DE LAS PROVINCIAS. — COMERCIO. VIAJES

Ocioso es exponer otra vez más la administración provincial, que desde Augusto hasta Diocleciano subsistió en sus rasgos generales. Si se omiten la creación de nuevos gobiernos y los cambios de provincias hechos entre el príncipe y el senado, la principal modificación se refiere á los *procuradores*. Simples agentes al principio encargados del impuesto en las provincias imperiales, obtuvieron de Claudio jurisdicción para las causas fiscales, y acabaron por tener, bajo la autoridad superior del jefe militar de la región límite, la administración de una parte de la provincia *cum jure gladii*. Tales fueron los procuradores de la Recia, de la Tracia y de la Judea. En cuanto á los *consulares* de Adriano, á los *jurídicos* de Marco Aurelio y los *curadores* de los Antoninos, pertenecen á un nuevo orden de cosas que comenzaban entonces y veremos terminar en la gran reforma de Constantino. No es llegada la oportunidad de tratar de esto, y puede decirse que desde la ordenanza de Augusto no había sufrido el gobierno de las provincias modificaciones importantes.

(1) Ciceron escribía á su hermano, gobernador del Asia Pergamense, algunos años antes de Accio: *Quod si te sors aut Afris, aut Hispanis, aut Gallis profecisset immanibus ac barbaris nationibus* (*ad Quintum*, I, 1, 6).

Juvenal hace también la misma diferencia. Después de burlarse del débil rodio, de la perfumada Corinto y de toda la depilada juventud, raza sólo ocupada en pulirse las piernas, aconseja á los nobles insolentes que tendrían que gobernar las provincias occidentales, que tengan prudencia con gentes poco mansas: *Horrida vitanda est Hispania, Gallicus axis... Illyricum latus*, etc. (*Sat.* VIII, 115).

Se recordará solamente que en ciertas circunstancias, se enviaban comisarios extraordinarios á corregir abusos, y que de vez en cuando se daban grandes mandos militares á un príncipe de la casa imperial ó á un general famoso, como se hizo con Pompeyo y con César. Estas diferentes provincias reunidas bajo la autoridad de un jefe único inspiraron á Diocleciano la idea de la división del imperio en diócesis.

Este cambio sin importancia merece sin embargo mención. Después de la guerra social, el suelo itálico, hecho quirritario, había cesado de pagar el impuesto territorial, y algunas provincias obtuvieron de los emperadores que se asimilara su territorio al suelo itálico. Este privilegio fué lo que vino á llamarse el *ius Italicum*.

Las atribuciones del gobernador, *prases* (2), son también las mismas que antes: tiene la jurisdicción civil y criminal, con las excepciones que hemos mencionado, y la alta policía en toda la extensión de su gobierno, que está encargado de conservar en quietud y paz (3). Su autoridad, como lo había sido la del senado en Italia, no se limita á reprimir los actos culpables, sino que también conserva algo de la jurisdicción moral de los censores. «El gobernador, dice Ulpiano, debe cuidarse de que nadie haga un lucro inicuo ni sufra un daño inmerecido,» fórmula harta vaga, que autorizará toda clase de ingerencias para impedir las usurpaciones de propiedad, las ventas hechas por coacción ó las simuladas en que no media el pago efectivo.

Pero esto es nuevo: «Es un deber sagrado para él no permitir que los grandes hagan daño á los pequeños; que con pretexto de la llegada de nuevos funcionarios ó de soldados, se prive á las pobres gentes de su única lámpara ó de sus escasos muebles.» Creeríase nuestra exención de alojamientos militares para las clases menesterosas.

En cuanto á la manera de ejercer sus funciones los gobernadores, los escritores de la época imperial muestran que el orden establecido tenía sus necesarias consecuencias. Sin duda, no todos los gobernadores eran Plinius ni Agrícolas y de vez en cuando había abusos; pero no sino muy rara vez se oía hablar de prevaricaciones, porque los pueblos no tenían ya la resignación de los antiguos días, sabiendo que el príncipe tenía interés en que no se cometiera ninguna injusticia y que el senado no guardaba miramientos con los que las delegaciones provinciales acusaban ante su alta jurisdicción.

Pensando en la corta duración de los proconsulados y de las legaciones, se creería que el servicio se resentiría de ello; pero los gobernadores tenían á su lado, además de sus *asesores* y *amigos*, esclavos públicos y libertos del Estado, que permaneciendo por tiempo ilimitado en su destino, guardaban los archivos, preparaban la solución de los negocios y conservaban la tradición. Por numerosas inscripciones encontradas en un cementerio de Cartago, se ha podido formar una larga lista de estos oscuros y útiles empleados, pertenecientes al proconsulado de Africa.

Con esto, el jefe cambiaba, pero la oficina permanecía, y los negocios no se interrumpían. La inexperiencia de un recién llegado se corregía con la prudencia de sus predece-

(2) *Prasidis nomen generale est* (Dig. I, 18, 1);... *majus imperium habet omnibus post principem* (16, 4).

(3) Dig. I, 18, 13: *Provincia pacata et quieta*. La policía del Estado se había hecho por soldados sacados de todas las legiones y reducidos al principio á Roma; después fueron enviados á las provincias, donde *omnia occulta explorabant* (*Hist. Aug. Hadr.* 10; *Macr.* 12). La de las ciudades se hacía por oficiales municipales, los *irencas* ó *custodios* de la paz, que el gobernador elegía anualmente de una lista de diez notables presentada por la curia (E. Arist. *Sacr. Serm.* IV, t. I, p. 523).